

CANCHO ROANO: EL PROCESO DE PRIVATIZACIÓN DE UN ESPACIO IDEOLÓGICO

CANCHO ROANO: A PRIVATIZATION PROCESS FROM AN IDEOLOGICAL SPACE

JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA (*)

RESUMEN

Se estudia la secuencia arquitectónica del yacimiento de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) aplicando principios metodológicos inspirados en la Arqueología de la Arquitectura, en particular la disposición de los accesos principales y su sujeción a características como la frontalidad, la axialidad o la direccionalidad. El análisis permite constatar un proceso evolutivo de carácter lineal que se interpreta en términos de privatización simbólica de este espacio idiosincrásico. Este proceso se atribuye a transformaciones ideológicas relacionadas con la función del complejo monumental.

ABSTRACT

Applying methodological principles inspired by the Archaeology of Architecture, the architectural sequence of the Iron Age site of Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Spain) is analyzed. The layout of the main entrances and their determination by factors such as axiality, frontality or directionality, and the degree of accessibility to the main rooms are emphasized. A linear and evolutionary process is detected that is interpreted in terms of symbolic privatization of this idiosyncratic space. This process is attributed to ideological transformations related to the political function of the site.

Palabras clave: Cancho Roano. Espacio ideológico. Arqueología de la arquitectura. Extremadura. Hierro I.

Key words: Cancho Roano. Ideological space. Archaeology of architecture. Spain. Early Iron Age.

(*) Instituto de Arqueología de Mérida. Pza. de España, 15. E06800 - Mérida. Correo electrónico: jjimavila@iam.csic.es
Recibido: 11-I-05; aceptado: 14-IV-05.

INTRODUCCIÓN

El yacimiento arqueológico de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) fue descubierto para la Ciencia hace ahora 27 años. Su excavación y estudio crítico a lo largo de todo este tiempo han permitido sentar las bases iniciales para el conocimiento de las postrimerías de la Primera Edad del Hierro en el tramo extremeño del Guadiana, y de las transformaciones económicas y sociales que experimentaron las poblaciones de estos territorios en aquella época. Cualquier dato sobre el siglo V a. C. habría supuesto una absoluta novedad en el yermo paisaje de la arqueología protohistórica extremeña de finales de los setenta (Almagro-Gorbea 1977). Pero nada hacía presagiar que las manifestaciones culturales de la Baja Extremadura post-orientalizante pudieran alcanzar la monumentalidad arquitectónica y la riqueza material que han puesto de manifiesto los trabajos arqueológicos llevados a cabo en las últimas décadas.

Cancho Roano está formado por un conjunto de edificaciones estructuradas en torno a un edificio central, elevado sobre una terraza de piedra, que aparece rodeado por una serie de largas y estrechas naves articuladas en pequeñas habitaciones. Todo ello, a su vez, es circundado por un ancho foso excavado en la roca que delimita un espacio de unos 2.000 m² que, sin duda, alberga uno de los más sobresalientes hallazgos de la Arqueología española del último cuarto del siglo XX. En consonancia, su equipamiento mueble no es menos sorprendente: joyas de oro finamente trabajadas, vajilla de bronce local y de importación, marfiles de diversas tradiciones, objetos de pasta vítrea y una nutrida colección de cerámica entre las que destacan los vasos áticos, que permiten fechar el abandono del asentamiento hacia finales del siglo V a. C. Tal vez por

todo esto, durante la mayor parte del tiempo transcurrido desde su descubrimiento, el análisis histórico de este Complejo Monumental se ha realizado desde su propia singularidad, con especial dedicación a la publicación de los resultados de las excavaciones y a la apertura de un debate sobre su naturaleza palacial o “santuarial” que ha generado una ya amplia bibliografía (Celestino ed. 1996: 353-356; con posterioridad: Celestino 1994, 1997, 2001, 2003 ed.).

No ha sido sino hasta fecha más reciente que el yacimiento de Cancho Roano ha podido ser valorado dentro de una perspectiva geográfica más amplia, gracias al descubrimiento de una serie de formaciones tumulares de gran tamaño que se pueden emparentar con construcciones similares, y que se extienden por toda la provincia de Badajoz, afectando, incluso, al norte de Córdoba (Jiménez Ávila 1997). La condición de edificaciones protohistóricas de algunos de estos sitios ha sido confirmada por nuevas excavaciones arqueológicas (Rodríguez ed. 2004), o por hallazgos superficiales bien significativos (Jiménez y Domínguez 1995).

La proliferación de este tipo de asentamientos en la Baja Extremadura obliga a entender el “fenómeno Cancho Roano” como un hecho histórico generalizado dentro de los parámetros regionales contemplados. Las primeras aproximaciones de conjunto permiten caracterizar estos yacimientos como enclaves aislados en el campo, sin relación aparente con hábitats concentrados inmediatos, lo que obliga a examinarlos bajo un prisma eminentemente rural: se trataría de residencias aristocráticas que actúan como centros gestores de la producción agropecuaria del entorno. La apropiación del excedente agrario provocaría la monumentalidad arquitectónica y la acumulación de riqueza que albergan como reflejo de la diferenciación social de sus moradores, siendo discutible el papel de intermediarios comerciales que en ocasiones se ha propuesto.

El esquema organizativo que representan estas residencias, disociadas de los núcleos de población concentrada, permite diferenciar el Valle del Guadiana post-orientalizante de los territorios con que se ha vinculado algunas veces el complejo de Cancho Roano: el mundo Ibérico del Sureste o la Andalucía tartésico-turdetana. Estos territorios tienen en el núcleo concentrado la unidad básica de población y, lo que es más importante, de poder político, como demuestran la presencia de espacios diferenciados en el interior de los hábitats o su asociación

a necrópolis aristocráticas. Sin embargo, se detectan más afinidades con el modelo poblacional y socio-económico que se implanta coetáneamente en el Bajo Alentejo, presidido por una serie de pequeñas construcciones aisladas —mucho menos monumentales que las del Guadiana— en las que se observan elementos que permiten identificarlas como residencias aristocráticas de carácter rural, en la misma línea que los Complejos Monumentales extremeños (Jiménez Ávila 2001a). También se han valorado algunas analogías entre los sistemas funerarios del Bajo Alentejo y los aún mal conocidos del Guadiana Medio, como síntoma de que ambas zonas compartieron una serie de rasgos arqueológicos que permiten bosquejar una cierta homogeneidad cultural entre estos territorios suroccidentales a fines de la I Edad del Hierro (Jiménez Ávila 2001a, 2001b, 2003).

A pesar de que todos estos recientes descubrimientos y valoraciones permiten ir entendiendo el fenómeno de los Complejos Monumentales dentro de un contexto geográfico e histórico mejor definido, los datos arqueológicos que alimentan nuestro conocimiento siguen procediendo, fundamentalmente, de las ruinas de Cancho Roano.

Durante los últimos años las excavaciones del “Palacio-Santuario” se han centrado en la exhumación de las fases más antiguas. Hasta ahora se han establecido 4 horizontes ocupacionales correspondientes a tres edificios (llamados A, B y C del más reciente al más antiguo) que presentan bastantes afinidades en cuanto a sus sistemas constructivos: todos son de trazado cuadrangular, están realizados con paredes de adobe y se dotan de pavimentos de arcilla roja de tonalidades muy vivas (Celestino 1994, 1997, 2001). Con anterioridad a la primera de estas edificaciones existía en el solar de Cancho Roano una estructura maciza de piedras de planta oval (Fase D) que constituye la evidencia ocupacional más antigua detectada hasta la fecha (Celestino 2001).

La superposición de estructuras hace que, a medida que se va profundizando en la estratigrafía, los datos empiecen a menudear (Celestino 2001). No obstante, es todo un lujo poder contar con una seriación arquitectónica como la descubierta y estudiada en Cancho Roano y con el nivel de análisis que permite la conservación de las estructuras constructivas.

Dadas las características idiosincrásicas de los sucesivos edificios construidos, esto es especialmente importante para analizar y comprender los

principios de funcionalidad y, sobre todo, los teóricos y simbólicos, que rigieron la organización del espacio edificado y que debe corresponder a planteamientos ideológicos y organizativos más amplios.

Lo que se pretende con este trabajo es una aproximación de carácter diacrónico a estos conceptos basada en el estudio secuencial de la organización del espacio en cada fase histórica. Se prestará especial atención a tres aspectos básicos y a las transformaciones que experimentaron a lo largo de la secuencia ocupacional registrada en las excavaciones: la frontalidad, la axialidad de los accesos principales y su relación entre sí, y la accesibilidad al edificio y a sus espacios más importantes, entendida ésta, lógicamente, en la esfera de lo conceptual y de lo perceptivo, y no en la de la *praxis*. Los fundamentos metodológicos aplicados se aproximan a los que inspiran los análisis de espacios internos en la Arqueología de la Arquitectura, en sus vertientes más semánticas (Kent ed. 1990; Steadman 1996), si bien la naturaleza marcadamente ideológica del espacio estudiado plantea problemas y soluciones específicas, al disociarse de los ámbitos propiamente domésticos sobre los que este tipo de análisis suele proyectarse, y al presentar una secuencia diacrónica bien conocida. Los recientes trabajos que sobre la fase A-3 de Cancho Roano se han realizado bajo perspectivas metodológicas semejantes serán también objeto de atención, a pesar de que sus pretensiones son estrictamente sincrónicas (Celestino *et al.* 2003).

1. LA SECUENCIA CULTURAL DE CANCHO ROANO: UN ENSAYO DE LECTURA ARQUITECTÓNICA

Las fases Cancho Roano D y C

El horizonte ocupacional más antiguo de los hasta ahora reconocidos en Cancho Roano está representado por la denominada fase D. Las construcciones de esta etapa se reducen a una estructura de piedras de forma oval, de unos 3 m de diámetro mayor, que se ubica bajo el ángulo NO de lo que posteriormente sería el edificio principal (Celestino 2001: figs. 4 y 5). La función y significado de esta estructura es difícil de desentrañar, si bien su constitución a modo de plataforma maciza no favorece su reconocimiento como unidad de habitación, a pesar de que inicialmente se la ha identificado con

una posible cabaña (Celestino 2001: 22). En cualquier caso, las posibilidades de proyectar sobre estos restos antiguos técnicas de análisis funcionales de carácter espacial son restringidas, por no decir inexistentes.

Algo similar cabe decir de la denominada Fase C, que constituye el primer programa arquitectónico de cierta envergadura. En la línea de la inversión de volumen de datos y antigüedad de los mismos anteriormente referida, es la etapa peor conocida de toda la secuencia habitacional. Uno de los principales problemas que plantea esta fase es el de su indefinición cronológica. Los materiales adscribibles a este período, al tiempo que escasos, son poco significativos. Los rasgos más destacables son el incremento porcentual de las cerámicas a mano (que suman en torno al 40%) y la gran similitud con las formas de las fases más recientes, que obligan a pensar en una relativa proximidad temporal entre una y otras (Celestino ed. 1996: 251-252).

Los restos más sobresalientes de este horizonte están representados por una estructura moldeada en el suelo de una gran habitación provista de un pavimento de arcilla y delimitada por paredes de ladrillos de adobe (Lám. I). Se conforma esta estructura mediante un ligero resalte de sección abocelada elaborado sobre el pavimento y con su mismo material arcilloso, que adquiere la forma de un círculo adosado a un triángulo de amplia base, en cuyo interior se instala un vaso cerámico elaborado a mano (Celestino 1997: 372-373; lám. IV). Un hecho destacable de esta moldura es su infraposición directa a una estructura de adobes que, de forma análoga a ésta, preside una habitación similar en la fase posterior (B). Esta estructura se ha asociado con una funcionalidad cultual, y se ha descrito como altar (Celestino 1997: 372-373). También se ha señalado la ausencia de paralelos peninsulares para esta forma y su similitud con el signo egipcio *chen*, que a su valor como símbolo de eternidad añade una carga profiláctica aplicable, sobre todo, a personajes de condición real. Este valor semántico alcanza su máxima expresión cuando el anillo *chen* se desarrolla y transforma en el famoso cartucho que envuelve (protege) el nombre del faraón (Lurker 1974; Wilkinson 1992). Este signo anular fue ampliamente representado en el arte egipcio, de donde lo tomarían los fenicios, quienes lo trasladaron a Occidente en la época de la colonización. Da fe de ello su aparición en un conocido brazalete áureo hallado en Tharros (Cer-



Lám. I. Estructura cultural a ras de suelo de Cancho Roano C.

deña) fechable en el siglo VI a. C., donde lo hallamos sostenido por las garras de un *Horus-jeper* tetráptero, en disposición cercana a modelos nilóticos (Parrot *et al.* 1976: 234). Es importante hacer todas estas constataciones porque en la iconografía fenicia los seres alados desarrollan también una función protectora de la realeza, lo que nos lleva a admitir la posibilidad de que, dentro de este mismo contexto iconológico fenicio, el signo *chen* mantuviera su valor semántico originario en tanto que elemento preservativo de la figura regia. Si ello es así, lo más posible es que la adopción de ese emblema para conformar el altar de la fase C de Cancho Roano revista esta significación de protección del poder real y, consecuentemente, que debamos considerar la existencia de una intencionalidad de marcar la condición regia y aristocrática —en todo caso dotada de un fuerte componente ideológico— de este espacio sacro desde sus primeras fases constructivas.

La fase Cancho Roano B

Sobre los restos constructivos de la Fase C se disponen los de un nuevo edificio que da cuerpo a la denominada Fase B. Para este momento se cuenta con un acervo de datos algo más voluminoso. Los materiales arqueológicos, como era de esperar, se asemejan aún más a los de la última fase, con aparición de elementos típicos, como las asas de cesta o los motivos pintados (Celestino ed. 1996: 252 y 270-274). Recientemente se han reconocido restos de copas cástulo de primera generación procedentes de los sedimentos de esta etapa, lo que obliga a situar la amortización del edificio B con posterioridad al 475 y, muy probablemente, al 450 a.C. (Jiménez Ávila y Ortega 2004: 125-128).

Para la fase B de Cancho Roano conocemos, además, los primeros datos sobre la organización espacial de las construcciones, gracias a la loable celeridad con que se van difundiendo los resultados de las más recientes excavaciones efectuadas en el yacimiento (Celestino 2001). Esto nos permite hacer ya para esta fase unas primeras observaciones acerca de la organización del espacio construido de cara a su estudio secuencial.

A partir de lo hasta ahora publicado, y a pesar del carácter preliminar de los datos y de que gran parte de las estructuras se han visto afectadas por las edificaciones posteriores, se deduce la existencia de un edificio de planta simétrica, constituido por una nave de tendencia rectangular de la que sobresalen dos cuerpos destacados hacia el Este, originando una familiar disposición en “U” (Celestino 2001: Fig. 16). En este esquema aparecen ya dos ámbitos que perdurarán a lo largo de toda la secuencia y cuya concepción e interrelación interesa especialmente de cara a nuestro estudio. El primero es el patio delantero, que queda definido por la planta en “U” del edificio, y que actuaría como zona de acogida, ante la fachada oriental. El segundo es la habitación que denominaré ‘estancia principal’, que aparece dispuesta en eje con el patio, y en situación central respecto al resto de las compartimentaciones interiores (Fig. 1). Como en Cancho Roano A esta habitación, que sobresale por su mayor tamaño, está provista de elementos que le confieren un carácter especial. En este sentido, destaca una ya célebre estructura de adobes, situada en la parte central de la sala, que adopta en su forma la peculiar silueta de una piel de toro extendida. Esta estructura se superpone directamente a la moldura anular de la Fase C y se lee, como aquélla, en tér-

minos culturales, identificándose con un segundo altar (Celestino 1994). Redundando en la importancia de la situación topográfica, este altar de la fase B subyace directamente al pilar que preside la habitación H-7 del último horizonte ocupacional. En este caso, la construcción de dicho pilar provocó la destrucción parcial del altar preexistente (Celestino 1994: fotos 3 y 4). Parece, por tanto, que existe una clara intencionalidad en diferenciar este espacio a lo largo de toda la secuencia constructiva.

Pero la situación topográfica no es el único elemento simbólico que provee de especial significación a esta estructura: su configuración en forma de rectángulo de lados cóncavos, que le otorga el aspecto de una piel de toro extendida (o de un típico lingote chipriota) es igualmente significativa. Ya ha sido reconocido el valor semántico de esta forma en el Mediterráneo Oriental desde el Bronce Reciente, donde adquiere una significación religiosa (Lagarce y Lagarce 1997), así como la abundancia de representaciones que adquieren esta peculiar silueta en diversos contextos del Hierro peninsular (Prieto 2002).

A elementos ya clásicos, del tipo de las joyas de El Carambolo, han venido a agregarse evidencias más recientes, como el altar hallado en el Cerro de San Juan de Coria del Río (Escacena e Izquierdo 2001) o las estructuras del propio Cerro del Carambolo (Fernández y Rodríguez e.p.), en contextos interpretados como espacios sacros adscribibles al Período Orientalizante. Sin embargo, no hemos de olvidar la vinculación de esta forma con personajes socialmente destacados desde las primeras manifestaciones habidas en suelo peninsular, como pone de manifiesto un inusual objeto cerámico incluido en la tumba de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo), que se encuentra entre los referentes más antiguos de enterramientos diferenciados del I milenio a.C. en la península (Pereira 2002: Fig. 6, 3). Este mismo contexto funerario, asociado a tumbas destacadas, es el que conviene a la mayor parte de hallazgos peninsulares de representaciones en forma de piel de toro extendida, que se sitúan geográfica y cronológicamente dentro de los límites de la Cultura Ibérica. Es el caso del pavimento de guijarros del mausoleo turriforme de Pozo Moro, que adquiere especial importancia en este discurso, pues, este monumento, a través de su iconografía, refleja las transformaciones ideológicas y sociales que se están produciendo en el seno de la sociedad ibérica de finales del siglo VI, que podríamos resumir sintéticamente en el paso de la legitimidad sa-

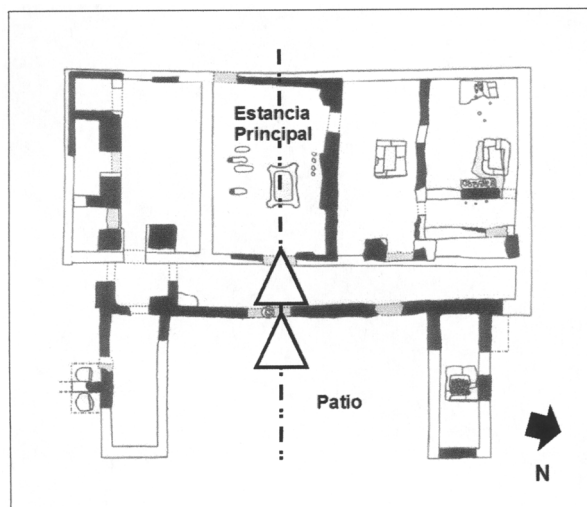


Fig. 1. Cancho Roano B (según Celestino 2001): situación de la entrada sobre el eje del edificio y accesibilidad a la estancia principal.

cra a la legitimidad heroica (Almagro-Gorbea 1996). A partir del conjunto de Pozo Moro podemos comprender cómo estos símbolos, de contenido originariamente religioso, han pasado a asociarse a los aristócratas ibéricos del siglo IV, lo que explica su aparición en algunas tumbas de las necrópolis de Baza, Los Villares de Hoya Gonzalo o Baños de Fortuna, correspondientes a personajes desprovistos ya de las prerrogativas propias de la monarquía sagrada (Prieto 2002).

Pero la extensión de esta forma no se limita al área ibérica, donde también aparece en poblados como El Oral (Abad y Sala 1993). En menor medida, se constata su presencia en el área púnica (Siret 1906: lám. XX, 7), en el valle del Tajo (Ortega y Valle 2004) y, desde luego, en el Suroeste, donde se sitúa el ejemplar que aquí nos ocupa. En este contexto geográfico, tal vez el conjunto que mejor contribuye a explicar la presencia de este símbolo en Cancho Roano es el hallazgo acaecido en el yacimiento de Neves I (Castro Verde, Portugal), con el que le unen otras concomitancias significativas, tales como su coetaneidad o el modelo de hábitat aislado que representa (Jiménez Ávila 2001a). Bajo el nivel de suelo del edificio de Neves I se hallaron superpuestos, pero separados por un pavimento, dos objetos cerámicos con la característica forma de piel de toro asociados a (o conteniendo) cenizas y esquirlas óseas. Estos vestigios se han interpretado como la evidencia de sendas cremaciones de personajes diferenciados, subyacentes a las estructuras

de habitación (Maia 1987), algo que podemos relacionar con los procesos de legitimación basados en el culto a los ancestros que se constatan en el cuadrante suroccidental durante toda la I Edad del Hierro (Jiménez Ávila 2002-03).

Pero, al margen del interés de estas apreciaciones de carácter simbólico, de cara a nuestros propósitos de análisis espacial, interesa destacar, sobre todo, la concepción axial y frontal del ingreso al edificio de la Fase B, que se sitúa en la fachada este, y que se hace desde el patio, así como la interconexión directa que se establece entre éste y la estancia principal. De este modo, en el muro que define la fachada exterior se reconoce la existencia de un vano ajimezado que conectaría con el patio (Fig. 1). Este acceso debía ser el único practicado en el frontis del edificio, debiéndose la interrupción que se aprecia en el mismo muro, un poco más al norte, a procesos destructivos posteriores. Este único vano ocuparía además una situación central en la fachada, coincidente con la posición de la estancia principal. La situación central queda hoy camuflada en la planta reconstruida a partir de las estructuras excavadas, debido a la conservación diferencial de las mismas, que es producto, a su vez, de la interposición de las construcciones monumentales de Cancho Roano A. De este modo, se aprecia una cierta simetría en la situación de este acceso respecto de los espacios cuadrados definidos por gruesos machones que se sitúan a ambos lados del pasillo longitudinal y que generan los cuerpos proyectados, que parecen estar internamente compartimentados, generando la sensación de un cierto descuadre.

En cualquier caso, lo que sí resulta confirmado es la existencia de un segundo vano afrontado a la entrada ajimezada. Este segundo vano traspasa la pared occidental del pasillo y comunica directamente con la estancia principal que, atendiendo a la concepción de la planta, sería “visible” y fácilmente “accesible” desde el exterior. El propio altar se encuentra en el mismo eje longitudinal del edificio participando de estas mismas condiciones de visibilidad y accesibilidad del resto de la estancia. Este segundo vano, que nos permite establecer en el edificio de la fase B este elevado índice de axialidad y de accesibilidad (entendida ésta, recordémoslo, en términos de concepción abstracta transferida a la planta) se ha conservado de manera providencial, pues la mayor parte del muro ha sido destruido por las gruesas cimentaciones de la fase A que son bien visibles, precisamente, en la zona de la

puerta, como se aprecia aún *in situ* y en algunas fotografías publicadas (Celestino 1997: lám. IV, 1).

En definitiva, la disposición de los accesos principales del edificio Cancho Roano B puede caracterizarse por su frontalidad, su disposición axial y por la facultad de acceder fácilmente a la estancia principal, a la que se llega directamente desde el patio exterior, circunstancia que se ve posibilitada por la situación afrontada de los vanos.

La fase Cancho Roano A-2

Bajo este epígrafe se agrupan las transformaciones arquitectónicas correspondientes a las fases denominadas A-1 y A-2 del yacimiento de Cancho Roano (Celestino ed. 1996) que, a efectos de organización de los accesos y de situación de espacios, no manifiestan diferencias significativas de cara a nuestros propósitos. Ambas representan los primeros momentos de la fase A o fase final del complejo arquitectónico. Una fase que, en conjunto, se caracteriza por la monumentalización de las edificaciones y por una frenética actividad constructiva desarrollada en un espacio de tiempo no superior a 30 ó 40 años. La monumentalización del edificio central, que se dota de una potente terraza de piedras, aparejó la elevación del nivel de suelo en torno a un metro sobre el de la fase anterior, lo que ha posibilitado la conservación de las estructuras de Cancho Roano B en un magnífico estado.

La planta del edificio central en la fase A mantiene algunas de las características organizativas esenciales de la edificación de la fase B. Nos interesa destacar especialmente su simetría, la presencia de una zona de acogida definida por un patio abierto al Este y la existencia de una estancia principal, situada en eje con el patio, que ocupa la zona central del edificio (Maluquer *et al.* 1987: fig. 14).

No es fácil correlacionar entre sí las múltiples subfases constructivas que se aprecian en las distintas zonas del complejo monumental a lo largo de toda esta gran fase final. Sin embargo, a esta primera etapa A-1 se adscribe una larga nave rectangular articulada en pequeñas habitaciones que flanquea el edificio principal por su lado Sur (Celestino ed. 1996: 236). Esta nave puede considerarse el antecedente de las habitaciones perimetrales que posteriormente rodearán todo el edificio, aunque en este momento solo se documenta su existencia en el sector meridional. La extrema proximidad de estas habitaciones de la fase A-1 con la terraza del

edificio principal induce a pensar que el acceso a las mismas se realizara desde el lado sur y que, consecuentemente, el foso aún no existiera. Habría sido, por tanto, la excavación del foso (que anularía la posibilidad de acceder por la parte externa), lo que obligó a separar las naves perimetrales del edificio principal, generando entre ambos espacios un pasillo suficientemente transitable en el que se colocarían los nuevos accesos. Esta operación, además, habría coincidido con la ampliación de la serie de habitaciones a tres naves adyacentes situadas primero en los lados secundarios (S, O y N) y, finalmente, cerrando también el frente oriental, que corresponde a fachada principal del complejo. La posibilidad de que hubiera sido la construcción de la terraza lo que habría obligado a desplazar las estancias perimetrales como consecuencia del estrechamiento del pasillo me parece menos creíble.

La organización de los accesos en esta fase supone algunas modificaciones respecto de lo que hemos observado en el edificio B, si bien algunas otras características se mantienen en vigor y otras se matizan sustancialmente.

La frontalidad y la axialidad continúan siendo los rasgos que más obviamente perduran en esta etapa, pues el acceso sigue realizándose a través de un vano situado en el centro del muro occidental del patio, que daría entrada al corredor H-2 (Fig. 2). Este vano, posteriormente cegado, fue descubierto en los años 90 durante los trabajos de limpieza y planimetría del edificio principal, al constatarse en el paramento una ruptura en los ladrillos de adobe, que dejaban de estar colocados a matajunta, para definir una línea vertical continua correspondiente a una jamba (Celestino ed. 1996: 300). Este acceso habría requerido de la existencia de una escalera previa a la banqueta que actualmente ocupa el fondo oeste del pasillo y que, como el resto de las banquetas del patio, no se construyó conjuntamente con la terraza. La percepción de este acceso principal, por tanto, queda mediatizada por su situación elevada respecto del suelo del patio, como consecuencia del proceso de monumentalización ya comentado. Esta elevación, que naturalmente no se traduce a la planta, establece matices en la visibilidad potencial del interior del edificio desde el patio y en la concepción de la edificación principal como un espacio diferenciado y jerarquizado respecto de lo que conocemos para la fase B, donde el acceso se sitúa prácticamente al nivel del suelo exterior.

Pero la transformación arquitectónica más significativa de esta fase se refiere al acceso a la habi-

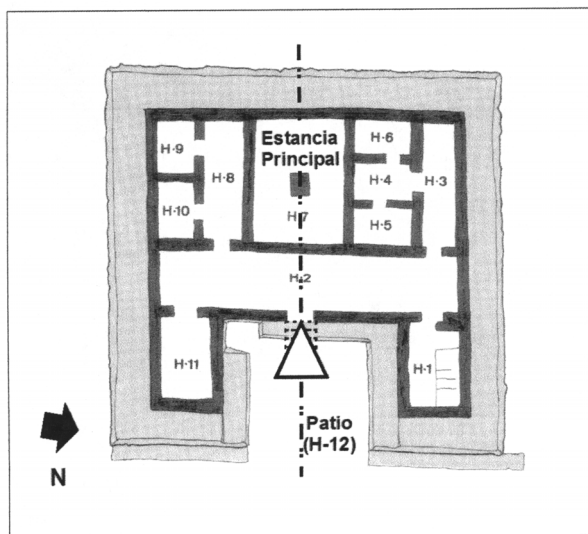


Fig. 2. Cancho Roano A-2: situación de la entrada sobre el eje del edificio y cierre de la estancia principal.

tación principal H-7, que se superpone a la estancia principal de CR-B, heredando algunas de sus características diferenciales más destacadas, como su mayor tamaño (es la estancia más grande de la fase CR-A); su situación axial y la presencia de una construcción central de adobes en forma de pilar de planta cuadrada, cuya ubicación coincide con la del altar en forma de piel de toro del edificio inmediatamente subyacente, como ya he señalado.

Ninguna de las cuatro paredes que cierran la estancia H-7 presenta interrupciones o huellas de haber tenido puertas ni otro tipo de vanos. Esto es algo que se aprecia especialmente bien en el muro occidental del pasillo H-2, que es uno de los paramentos mejor conservados de todo el edificio, y donde, consecuentemente, con mayor grado de certeza se puede verificar la existencia o inexistencia de posibles entradas. Esta circunstancia fue ya advertida por Maluquer desde las primeras campañas de excavación en el yacimiento, y fue uno de los argumentos que le llevaron a proponer que el acceso a la habitación principal H-7 se realizaría desde la planta superior, lo que reforzaría el carácter especial de este ámbito, para el que adoptó el concepto de *adyton* con el que aparece en las primeras memorias (Maluquer 1983: 13-15).

La bien constatada ausencia de puertas entre H-2 y H-7 es, por consiguiente, el rasgo de mayor novedad en la disposición de los accesos de la fase A respecto de la fase anterior. La habitación principal deja de tener comunicación con el corredor y

pierde enormes cotas de accesibilidad y visibilidad. El acceso a este espacio diferenciado no solo se distancia del patio y de la entrada principal, a la que tan vinculado estaba en la etapa precedente (por su situación a poco más de dos metros de distancia y por su disposición axial, afrontada a la misma) sino que se traslada a una planta distinta, de acceso presumiblemente restringido. Estas operaciones, que suponen una modificación significativa en los planteamientos formales de accesibilidad a distintas zonas del edificio, pueden interpretarse en términos de privatización simbólica del espacio principal definido por la habitación H-7, y constituyen las primeras evidencias arqueológicamente constatables de un proceso gradual que culminará en la fase final (A-3) y que afectará a todo el complejo.

Resulta difícil determinar si a estas transformaciones en los esquemas de acceso y circulación de la fase A-2 se añaden otros elementos interpretables en la misma línea de evolución ideológica que, por el contrario, en las etapas posteriores se perciben de forma mucho más diáfana. En este sentido, se han suscitado algunas dudas acerca del papel cultural de la construcción prismática que se instala en la parte central de la estancia H-7 correspondiente a esta última fase, habiéndose propuesto en algunas ocasiones la posibilidad de que desarrollara una función meramente tectónica (Maluquer 1983: 22; Celestino 1994: 296). Este “pilar”, de planta cuadrada, se eleva directamente sobre los restos del altar en forma de piel de toro de la fase B, buscando de manera consciente el contacto físico con él, por debajo de los niveles de suelo, al punto que la construcción del pilar destruyó parcialmente la estructura subyacente. El hecho de que esta superposición reproduzca la misma situación que se da entre los altares de los edificios C y B, así como las notables diferencias que se aprecian entre la habitación 7 y el resto de las estancias del edificio (situación axial, mayor tamaño, acceso superior, concepción constructiva a modo de cripta...) sugiere una continuidad en la función cultural de este elemento, que otorgaría a H-7 el mismo rango de espacio diferenciado que poseían las estancias homólogas de los edificios anteriores. Esta diferencia se explicaría entonces por la permanencia del carácter sagrado de este ámbito central. No obstante, hay que constatar que se produce una simplificación de la forma constructiva de este nuevo soporte cultural, que se ve reducido a un simple cubo, así como reiterar que el espacio de culto queda ostensiblemente aislado del sistema de circulación principal del edificio y, especialmente, del exterior.

La Fase Cancho Roano A-3

La fase A-3 es la mejor conocida de la secuencia constructiva del complejo monumental de Cancho Roano, hecho derivado de su condición de momento final. Es la fase cuya planta definitiva ha podido irse completando a través de los sucesivos trabajos realizados desde entonces, que se han ido extendiendo a partir del edificio central hasta el extremo del foso que rodea todo el conjunto (Fig. 3).

Análisis interno

Sobre la ordenación arquitectónica de esta fase se han realizado algunos trabajos recientes incluidos en el último volumen de estudios sobre el yacimiento (Celestino *et al.* 2003). Aunque estos análisis son de carácter sincrónico merecen ser comentados, ya que afectan a conceptos que aquí interesan especialmente, como la accesibilidad o la privacidad de los espacios.

El índice de publicidad que se obtiene, por ejemplo, del análisis de visibilidad interna realizado en el edificio principal resulta, a mi juicio, desmesuradamente elevado. Esto es algo que debe achacarse a las peculiaridades con las que se han aplicado las rutinas metodológicas del sistema, ya que al trazarse visuales desde todos y cada uno de los umbrales de acceso, la práctica totalidad del espacio resulta absolutamente visible. De este análisis surgen, además, otros resultados calificables de anómalos, como el hecho de que el corredor H-2, uno de los espacios más transitados de todo el edificio, sea el que presente mayores cotas de privacidad (Celestino *et al.* 2003: 334).

Un análisis de visibilidad más acorde a los procedimientos metodológicos del sistema original desarrollado por Sanders (1990), plantea una distribución bastante más moderada de los índices de publicidad, que permite establecer hasta 5 niveles distintos, resultando que el nivel de máxima privacidad se acerca al 40% del total de la superficie analizable (Fig. 4).

Aún más rotundo es el resultado que se obtiene al aplicar este mismo procedimiento a las estancias perimetrales, si bien aquí es necesario reivindicar previamente la lectura arqueográfica que se propuso en las memorias de excavación, según la cual, el acceso se realizaría individualmente a cada una de ellas desde el pasillo perimetral (Celestino y Jiménez 1993; Celestino ed. 1996), y no la reinterpretación

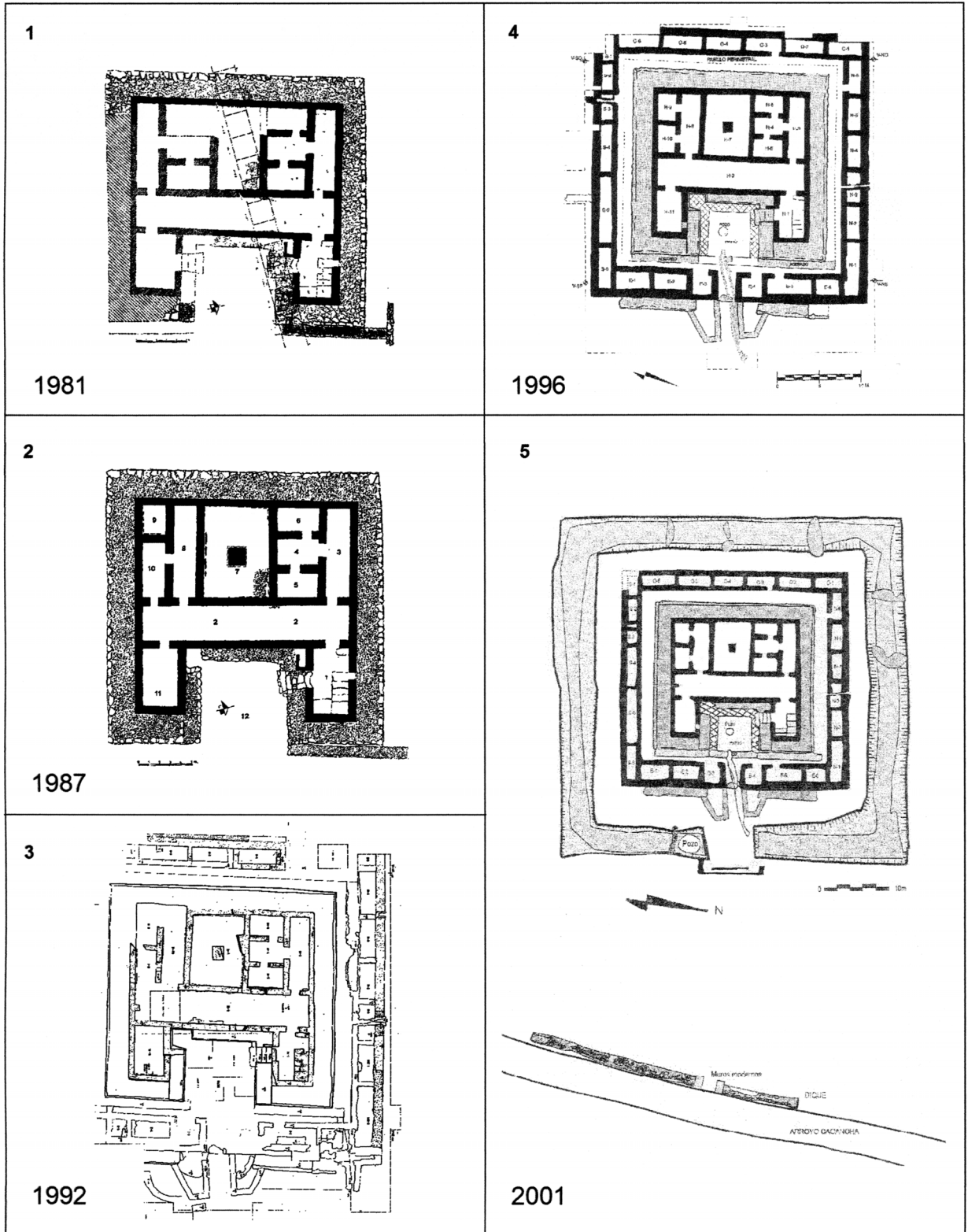


Fig. 3. La planta del Complejo Monumental de Cancho Roano en su fase final a lo largo de 25 años de excavaciones (según Maluquer y Celestino).

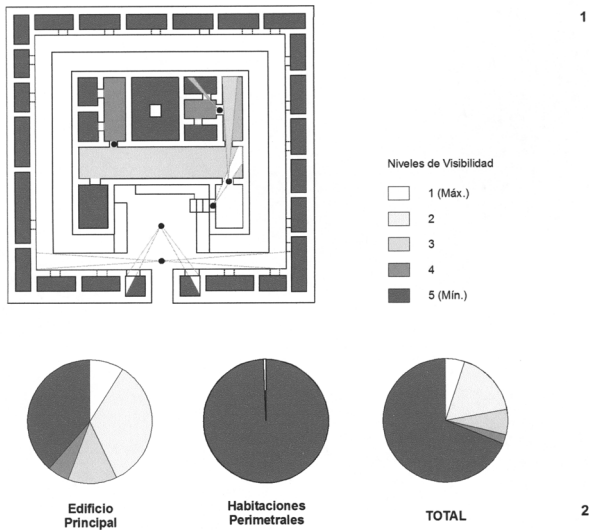


Fig. 4. Análisis de visibilidad del Complejo Monumental de Cancho Roano en su fase A-3. 1: Distribución espacial; 2: Distribución cuantitativa de la superficie correspondiente a cada nivel obtenido.

ción que se hace en el mencionado trabajo, que propone el tránsito continuo entre unas y otras (Celestino *et al.* 2003: 330). Los criterios arqueológicos para pensar en accesos independientes de espacios incommunicados fueron expuestos en las memorias de excavación a partir de las observaciones realizadas *in situ*, por lo que no es necesario reiterarlos con detalle. Baste añadir, como uno más de los muchos argumentos posibles, la disposición del depósito mueble de N-6, que imposibilita el tránsito a la vecina N-5 (Celestino y Jiménez 2003: fig. 11, lám. VIII).

En cualquier caso, resulta problemático realizar análisis de visibilidad en estas naves a las que se accede directamente desde el exterior, pues es difícil definir el umbral del espacio distribuidor desde el que trazar las visuales, debido a su peculiar organización arquitectónica. Pero, obremos como obremos (incluso estableciendo varios de estos umbrales, como se propone en la figura 4), el índice de visibilidad de estas estancias es prácticamente nulo (inferior al 1%). Finalmente, si sumamos los resultados de los dos edificios (central + naves perimetrales) el índice de máxima privacidad alcanza el 70%, magnitud que podemos considerar bastante elevada (Fig. 4.2).

Similares conclusiones se obtienen del análisis *gamma* (Hillier y Hanson 1984) que, entiendo, debe realizarse de forma dissociada entre el edificio cen-

tral y la nave perimetral, siguiendo el criterio de ser espacios cubiertos y discontinuos, dotados de accesos independientes. Podemos manifestar un cierto acuerdo en que el análisis global del espacio de Cancho Roano no se atiene a los esquemas arquitectónicos de las áreas residenciales (basta observar el regular pero anómalo árbol obtenido del análisis *gamma* de las habitaciones perimetrales), algo que debemos atribuir a la condición idiosincrásica e ideológica del espacio que estamos tratando (Fig. 5.3). Sin embargo, no es menos cierto que el esquema que corresponde al interior del edificio central (Fig. 5.2) no se aleja mucho del que conocemos para espacios residenciales que han sido objeto de estudios parecidos situados en el ámbito ibérico, como la casa 2 del *oppidum* giennense de Puente Tablas (Sánchez 1998), que se interpreta como la vivienda de una familia de rango aristocrático (Ruiz y Molinos 1997).

Tampoco creo que sea asumible (al menos indiscutiblemente asumible) que el estudio de privacidad que se obtiene del análisis *gamma* sea divergente del que se deriva de la distribución de materiales arqueológicos. De hecho, las estancias que mayor grado de alejamiento presentan (H-5 y H-6) son pródigas en hallazgos relacionables con el ámbito de lo privado (como los juegos de azar), y en el estudio de distribución de materiales, los elementos relacionados con la esfera del 'ocio' son mayoritarios —o, incluso, exclusivos— en estas estancias (Celestino *et al.* 2003: 316-317). A este resultado tampoco se oponen los primeros análisis de funcionalidad realizados por M. Almagro-Gorbea y sus colaboradores a principios de los años 90, que vinculaban este área del edificio como la zona residencial de un ámbito de naturaleza palacial (Almagro-Gorbea *et al.* 1990).

En cualquier caso, la propia organización del espacio en Cancho Roano y su estudio secuencial obligan a matizar algunos de los conceptos relacionables con la visibilidad o la privacidad deducibles a partir únicamente del análisis de las plantas. La interposición de un batiente o una cortina pueden establecer niveles en el grado de privacidad real que no siempre son detectables en las planimetrías. En este sentido, se puede señalar el hallazgo de un grupo de canutillos de plomo atribuidos por Maluquer al dobladillo inferior de una cortina en la estancia H-5, lo que, de confirmarse, podría contribuir a acrecentar el aislamiento visual de determinados ámbitos (Maluquer 1983: 85).

Del mismo modo, espacios que presentan índi-

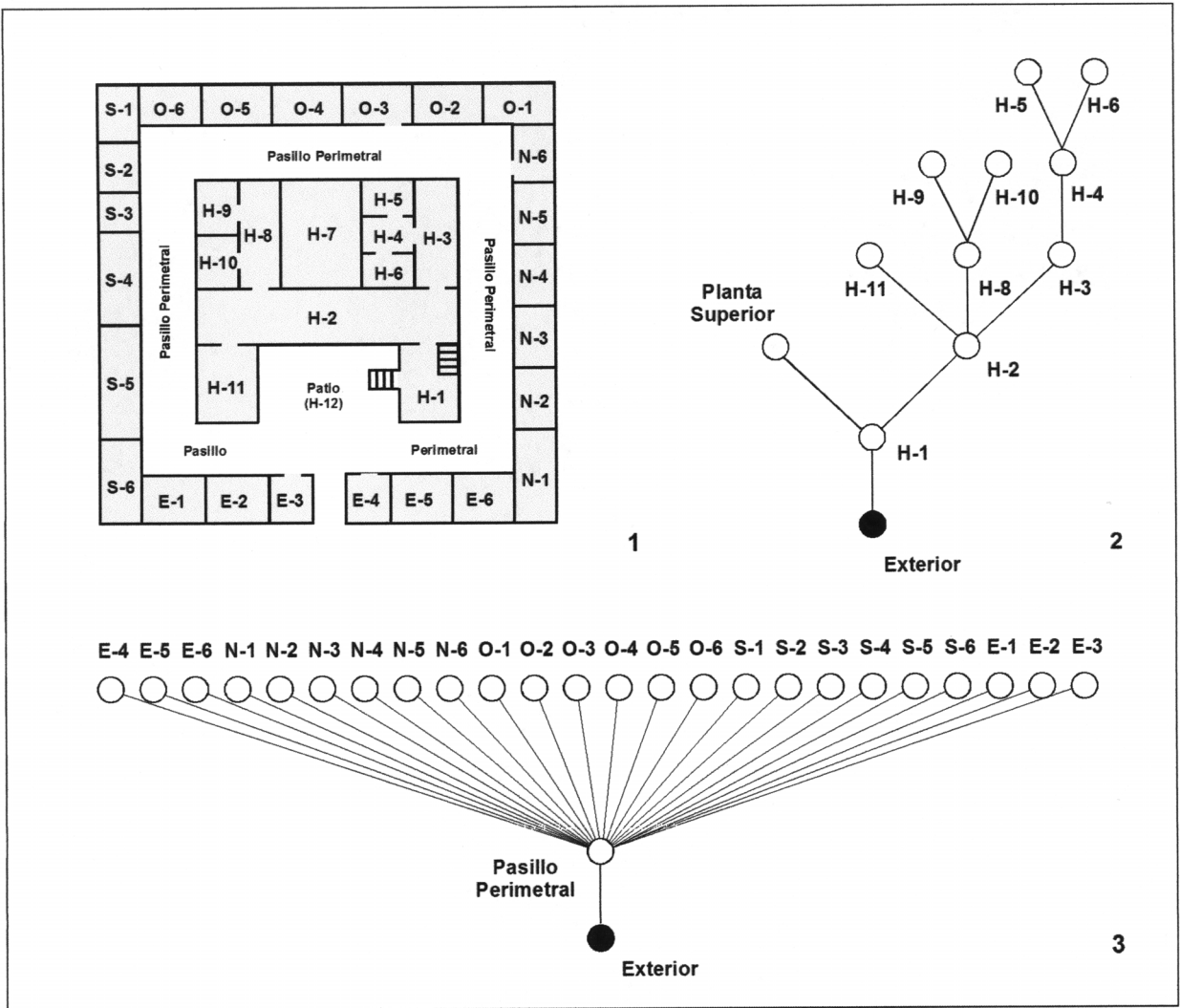


Fig. 5. Análisis *gamma* del Complejo Monumental de Cancho Roano en su fase A-3. 1: Nomenclatura; 2: Esquema del edificio principal; 3: Esquema de las habitaciones perimetrales.

ces equivalentes de visibilidad o profundidad en el análisis de la planta pueden haber desarrollado un grado de publicidad diferente en distintos momentos de la vida de un edificio. En el caso que nos ocupa, por ejemplo, las habitaciones H-3 y H-8 presentan el mismo nivel de profundidad en el análisis *gamma* (Fig. 5.2) y aquella un mayor índice de visibilidad que ésta (Fig. 4.1), lo que puede resultar sorprendente si se tiene en cuenta que la estancia H-3 antecede a los espacios privados H-4 a H-6. Sin embargo, esta situación podría explicarse como consecuencia de las transformaciones realizadas en el sistema de acceso y circulación del edificio que aquí estamos estudiando, y que en la fase A-3 se centran en la lateralización de la entrada

principal, como posteriormente precisaré. Esta modificación supone un cambio sustancial en el sistema de circulación interna del edificio principal, unificando en un recorrido único a través de todo el corredor H-2, lo que en la fase anterior habría sido un recorrido bifurcado en dos direcciones (Fig. 6). Este planteamiento inicial, de carácter dual, podría entenderse en términos de privacidad/publicidad (siempre que aceptemos que la distribución interior del edificio en la fase A-2 coincidiría en líneas generales con la de la fase A-3). En esta tesitura, el recorrido norte definiría el área privada: las habitaciones H-3 a H-6 y H-1, que permite el acceso a la planta superior, que también sería restringido. Por el contrario, el tramo meridional

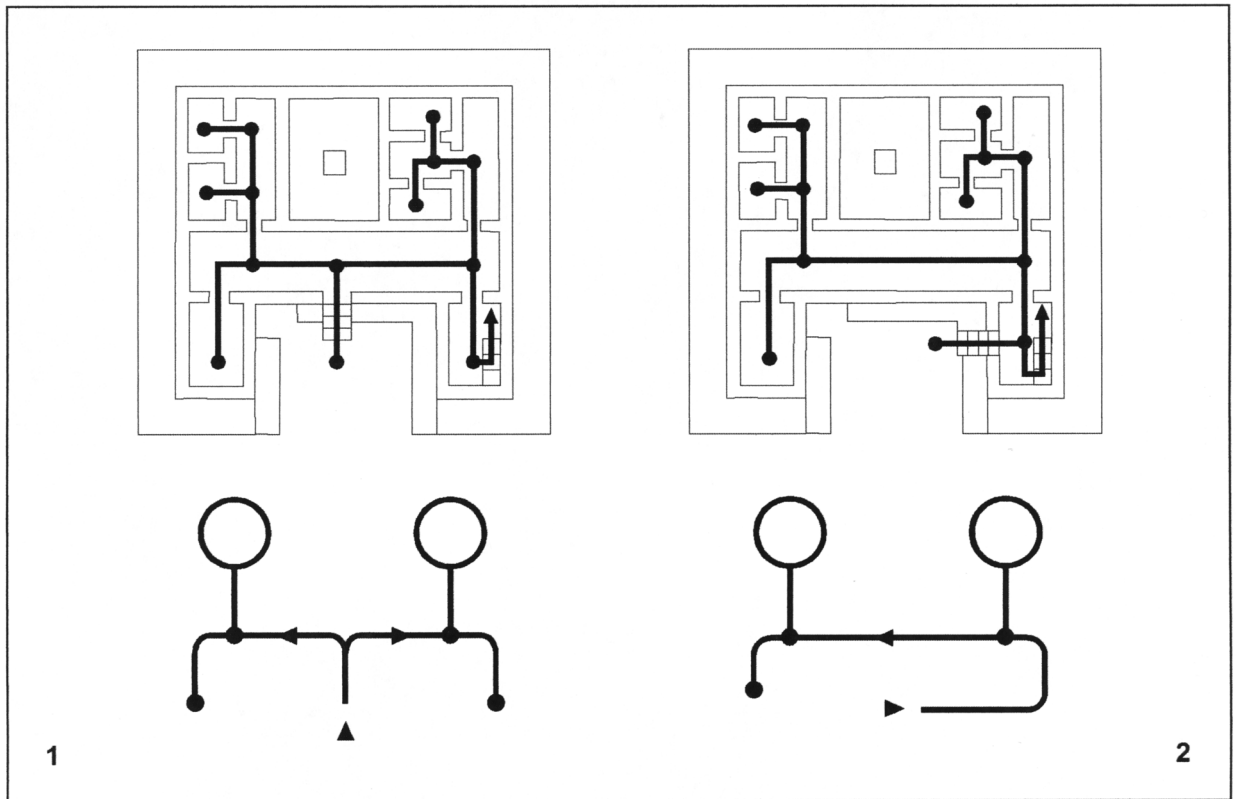


Fig. 6. Transformaciones en el esquema de recorrido interno del edificio principal de Cancho Roano A a partir de la lateralización del acceso exterior. 1: Recorrido bipartito de la fase A-2 (hipótesis reconstructiva); 2: Recorrido único de la fase A-3.

sería más público en la medida en que por él transitarían personas ajenas a la intimidad del edificio: servidores que abastecerían las despensas situadas en la zona SW o quienes pudieran acceder al espacio diferenciado H-11, que posiblemente actuaría como sala de recepción. Tal vez no por casualidad en este recorrido “público” se intercala la habitación H-8, que por la abundancia de hallazgos de bronce de distinta naturaleza (arros ecuestres, vajilla ritual...) podría identificarse con un tesoro de carácter exhibitorio.

La reconducción del acceso al edificio a través de H-1 altera esta separación, lo que ya de por sí puede entenderse en términos de privatización del espacio, al reagruparse las dos zonas antes diferenciadas en un único recorrido continuo. Tal vez, el hecho de que la habitación H-3 se hallara prácticamente vacía pueda explicarse como consecuencia de la necesidad de recuperar las cotas de privacidad perdidas con estas modificaciones en el recorrido, actuando así como barrera visual o antesala de los espacios más privados.

Análisis secuencial

Pero con ser importantes los cambios sufridos en la circulación interna del edificio principal, de cara a nuestros propósitos de análisis secuencial interesa destacar, sobre todo, las modificaciones que experimenta el sistema de accesos al mismo que, como ya he adelantado, se concretan en la oclusión de la puerta central del fondo del patio y en la apertura de una entrada sustitutoria en el cuerpo saliente situado al norte –el que alberga H-1– (Fig. 7). Esta lateralización del acceso principal rompe definitivamente con el principio de axialidad que había caracterizado la situación de la entrada desde el inicio de la secuencia arquitectónica, y matiza sustancialmente la frontalidad del edificio. No obstante, el conjunto arquitectónico, globalmente contemplado, mantiene aún un cierto grado de frontalidad, al permanecer en su situación axial el patio, que persiste en su función de espacio de acogida, dentro del recorrido general de acceso al complejo (Fig. 3.5).

La disposición lateral de la única entrada que presenta el edificio central en esta fase resulta tan anómala, dentro de la concepción simétrica y axial de su organización arquitectónica, que cuando esta puerta fue descubierta en las primeras excavaciones, antes de exhumar la parte meridional del montículo, Maluquer propuso una reconstrucción de la planta que contemplaba una puerta contrapuesta en el ala sur, recuperando así la simetría del conjunto (Fig. 3.1). La interpretación de esta puerta lateral como el resultado de un proceso gradual de transformaciones arquitectónicas contribuye a comprender mejor esta “anomalía”.

Conjuntamente con las transformaciones que se producen en el trazado de los accesos se asiste en este momento a otras actuaciones constructivas que contribuyen a modificar el aspecto externo del complejo monumental de Cancho Roano, y que pueden entenderse en términos de aislamiento simbólico del entorno. En este sentido, destaca la construcción del foso y de la serie oriental de las estancias perimetrales, que ocultan la fachada del edificio principal. No obstante, y aunque todos los procesos son de carácter lineal, no es fácil determinar la relación secuencial de cada una de las actividades con las demás. La excavación del foso debió anteceder al cierre de las estancias por el Este, pero no es posible correlacionar estas dos obras con la lateralización del acceso al edificio nuclear, que pudo tener lugar antes, durante o después de las mismas.

De cualquier manera, estas actuaciones externas contribuirán a generar la percepción de espacio fortificado o protegido que parece adquirir el complejo en sus momentos finales (Celestino ed. 1996: 345), algo que ha llegado a suscitar el uso, a mi juicio inadecuado, de términos propios de la poliorcética (murallas, torres...) para la identificación arqueográfica de algunas de sus unidades (Celestino 2001: 45).

Otros elementos que pueden relacionarse con este mismo proceso de repliegue y “fortificación” es la construcción de un pozo en el centro del patio H-12, actividad que se atribuye a este momento (Celestino ed. 1996). El pozo, que por su situación interfiere también la axialidad del antiguo acceso al edificio, permitiría la aguada del yacimiento sin necesidad de salir del entorno constructivo, a pesar de la proximidad del arroyo Cagancha, lo que es más propio de los espacios fortificados que de los abiertos.

Por último, es importante señalar la posibilidad de que, en este momento anterior a la destrucción

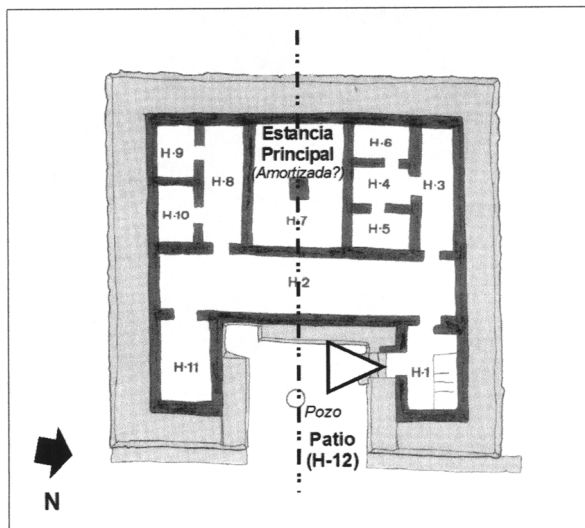


Fig. 7. Cancho Roano A-3: situación de la entrada desvinculada del eje de simetría del edificio, que queda alterado por la presencia del pozo.

definitiva, la habitación principal H-7 estuviera completamente amortizada, como se ha indicado en algunas ocasiones (Celestino 1997: 368). De confirmarse este dato, deberemos pensar que el espacio cultural, que se ha mantenido en el mismo lugar a lo largo de toda la secuencia arquitectónica, estaría ya fuera de uso, aunque no se reutilizara para funciones prosaicas, manteniendo así aún un cierto rango de ámbito inviolable o, al menos, especial.

Recapitulación

A lo largo de la secuencia arquitectónica del yacimiento de Cancho Roano se producen una serie de transformaciones significativas en su organización espacial que afectan a la disposición de los accesos, a la permeabilidad de la estancia principal (definida por la presencia de estructuras culturales) y a su relación con el patio o área de acogida.

La fase B, la primera que es susceptible de ser analizada con este tipo de criterios, puede definirse por el trinomio [Frontalidad + Axialidad + Direccionalidad], ya que la entrada exterior se sitúa en la fachada principal del edificio, en su eje central, y queda afrontada directamente a la puerta de la estancia principal, lo que otorga un elevado índice de accesibilidad y visibilidad a este ámbito diferenciado. La situación del patio, prácticamente al mismo nivel topográfico que el piso del edificio, favorece

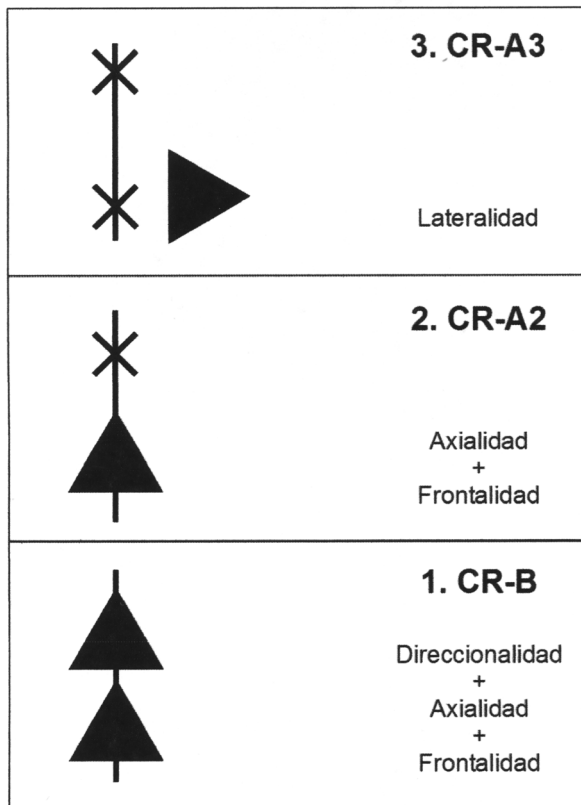


Fig. 8. Esquema secuencial del proceso de privatización del espacio en Cancho Roano.

la percepción del conjunto como un espacio próximo, fácilmente accesible.

La Fase A-2 viene definida por los rasgos [Frontalidad + Axialidad], desapareciendo la accesibilidad a la estancia principal, que queda drásticamente distanciada de la entrada exterior, ya que el único acceso posible a la misma se situaría en la planta alta, tras un largo recorrido interno. El acceso principal al edificio sigue siendo frontal y axial, si bien el proceso de monumentalización que experimenta el complejo en esta fase, que sobreeleva en más de 1 m el piso del edificio principal, modifica sustancialmente elementos como la visibilidad y la proximidad (en términos de percepción) respecto al patio.

Finalmente en la fase A-3 el acceso principal se lateraliza, desapareciendo como consecuencia de ello la disposición frontal y axial que había presidido las fases anteriores, aunque la idea de frontalidad se mantenga en cierto modo, si consideramos el sistema de acceso a todo el complejo en su conjunto, y no solo el del edificio principal.

El proceso, que se representa esquemáticamente

en la figura 8, es de tipo gradual y lineal, pues parece encaminado a la pérdida progresiva de los elementos arquitectónicos relacionables con la accesibilidad y la publicidad de los espacios y, por consiguiente, puede ser leído en términos de privatización simbólica de los mismos.

Así invita a pensar también la serie de transformaciones arquitectónicas que paralelamente modifican el aspecto externo del conjunto, y que contribuyen a percibirlo como algo cada vez más hermético y aislado de su entorno: la construcción de las estancias orientales, la excavación del foso, etc.

Finalmente, y en estrecha relación con todos estos procesos, se detectan indicios que sugieren la pérdida de importancia de los referentes simbólicos que de modo tan fundamental habían determinado la situación (y la propia existencia) de las primeras construcciones: las estructuras culturales se simplifican; los espacios rituales se apartan de los recorridos principales y, en última instancia, hasta es posible que unas y otros llegaran a anularse por completo.

Hay que entender que el proceso de privatización que documentan todas estas transformaciones fue de carácter simbólico o conceptual y no real. El espacio debió ser privatizado desde sus orígenes, mediante la apropiación y la sacralización de referentes simbólicos de carácter ancestral, como la estructura de Cancho Roano D –tal vez también la estela decorada– por parte de individuos o familias emergentes. Pero para justificar esta apropiación inicial fue necesario revestir con rasgos de publicidad los edificios representativos de estas incipientes estirpes, concibiéndolos con un cierto grado de proximidad y accesibilidad, de modo que desde ellos fuera más fácil transmitir los principios ideológicos sustentadores del sistema.

La progresiva consolidación del modelo político, que queda de manifiesto a través de la creciente monumentalización del complejo, permitiría ir reduciendo paulatinamente la apariencia de publicidad y accesibilidad de las edificaciones, así como la importancia de los referentes simbólicos del culto ancestral, procesos que hemos podido documentar, sobre todo, a partir de las modificaciones realizadas en el sistema de acceso.

No obstante, también es posible que en estos procesos haya incidido la incorporación de elementos ideológicos de corte militar, como se desprende del progresivo aspecto de casa fuerte o fortaleza que fue adquiriendo el complejo en sus fases

finales. Esto es algo que puede explicarse por la alteración de las circunstancias socioeconómicas reinantes o por una adecuación a planteamientos ideológicos más propios de la ya cercana Segunda Edad del Hierro, circunstancias que, por otro lado, no resultan en absoluto incompatibles.

El seguimiento de todos estos procesos arqueológicos, a los que se debe atribuir una motivación esencialmente ideológica, puede contribuir a explicar los problemas que ha suscitado la interpretación funcional de Cancho Roano desde los inicios de su investigación. La reiterada aparición de estructuras de signo cultural, a medida que se iban desenterrando las fases más antiguas de la estratigrafía, ha sido complacientemente acogida por los partidarios del carácter primordialmente religioso del sitio como refuerzo de sus hipótesis explicativas. Sin embargo, en buena lógica, la lectura del proceso histórico debe realizarse en orden cronológicamente inverso al de los hallazgos. Y lo que parece derivarse de la secuencia arquitectónica aquí analizada es que los elementos culturales fueron perdiendo importancia a lo largo del tiempo, y que su función primigenia fue la de legitimar el arraigo al espacio de una familia aristocrática, a través del mecanismo ideológico del culto ancestral, y no el de reproducir actividades religiosas de carácter público, como sería propio de un santuario, espacio que difícilmente podría haber protagonizado un proceso de privatización semejante al que aquí hemos estudiado. Por tanto, habría sido la necesidad de comunicar eficazmente los principios ideológicos del sistema lo que hizo que, en origen, se proveyera de una cierta apariencia de publicidad y accesibilidad a las arquitecturas representativas de un espacio de poder que, en realidad, nunca debió ser público ni accesible.

2. PROCESOS ANÁLOGOS

Señalaba en la introducción cómo durante casi dos décadas los trabajos de investigación sobre Cancho Roano se centraron de manera exclusiva en la excavación y en el estudio pormenorizado del yacimiento, concebido desde la óptica de su propia excepcionalidad. Esta actitud, justificable por el desconocimiento del contexto histórico y arqueológico de la Extremadura de finales del siglo V, ha provocado la percepción de Cancho Roano como un fenómeno aislado. Trabajos más recientes han puesto de manifiesto la proliferación de yacimientos que presentan grandes afinidades con el comple-

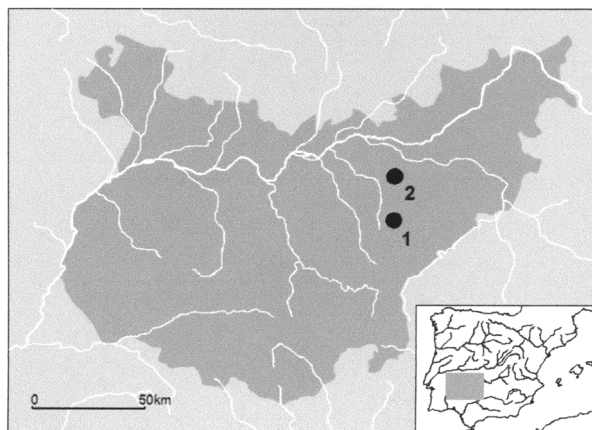


Fig. 9. Situación de los yacimientos estudiados en la Baja Extremadura. 1: Cancho Roano; 2: La Mata.

jo monumental de Zalamea y que se sitúan en su entorno geográfico y cultural más inmediato: el Valle Medio del Guadiana, dando cuerpo a la hipótesis de que este tipo de espacios ideológicos constituyen una de las fórmulas habituales de ocupación del territorio puestas en práctica por determinados sectores de las poblaciones de la Edad del Hierro de la zona (Jiménez Ávila 1997).

Uno de los yacimientos que en mayor medida ha venido a corroborar esta hipótesis es el complejo arquitectónico de La Mata (Campanario, Badajoz) por ser el único que en los últimos años ha sido objeto de excavaciones extensivas (Rodríguez y Ortiz 1998; Rodríguez ed. 2004). El conjunto de La Mata está situado a 25 km de Cancho Roano (Fig. 9) y presenta enormes concomitancias con él, que se traducen tanto en la monumentalidad de los restos como en la distribución arquitectónica de las estructuras, o en el modelo de ocupación territorial que representa —el hábitat aislado—. Bien es cierto que también existen algunas diferencias significativas, destacando la ausencia de referentes simbólicos del tipo de los altares superpuestos situados en estancias diferenciadas. Estas ausencias, no obstante, podrían justificarse a través de los mismos procesos ideológicos que aquí se estudian, como a continuación expondré. La Mata, por lo tanto, no es solo el mejor exponente de que disponemos para ilustrar la generalización del fenómeno de los Complejos Monumentales en el Guadiana Medio, sino el único lugar en el que, hoy por hoy, podemos verificar si los procesos de privatización que he creído detectar en Cancho Roano tuvieron también un carácter más global.

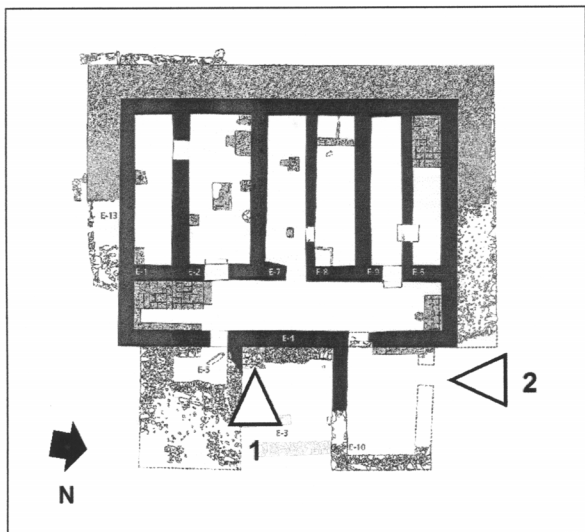


Fig. 10. Planta del edificio de La Mata (según Rodríguez ed. 2004) y situación secuencial de los accesos.

Por lo que a la disposición arquitectónica se refiere, el edificio principal de La Mata presenta una planta en “U” definida por dos cuerpos salientes –impropiamente denominados bastiones– que anteceden a un núcleo de planta rectangular, formado por un corredor longitudinal y varios espacios transversales de forma alargada en los que aparecen diversos tipos de estructuras y compartimentos internos (Fig. 10). El edificio se dota en tres de sus lados de un contrafuerte ataludado realizado en adobe y se rodea de un muro irregular de frágil aparejo. Todo ello, finalmente, es delimitado por un foso de escasa profundidad (Rodríguez ed. 2004). Todos estos elementos han sido ya referidos por los editores del yacimiento como claras evidencias de las analogías arquitectónicas que se pueden establecer entre este complejo y el cercano conjunto monumental de Cancho Roano.

Sin embargo, no parecen haber reparado en igual medida en otras de las semejanzas que pueden establecerse entre ambas edificaciones, que son especialmente relevantes de cara a nuestros propósitos de análisis de las transformaciones sufridas en la distribución de los espacios y de su significación ideológica. Me refiero de forma destacada a la estancia designada como E-3 en la nomenclatura del yacimiento, y a la enorme similitud que guarda con el patio H-12 que articula la zona de entrada a lo largo de toda la secuencia arquitectónica de Cancho Roano. Como aquél, la estancia E-3 se orienta al Este, punto al que se abre lo que, a la luz de la dis-

posición de los cuerpos salientes, podríamos considerar como la fachada principal del edificio (estas coincidencias en la orientación de las arquitecturas tampoco deben ser atribuidas al azar). La situación de este espacio entre los mencionados cuerpos salientes es otra de las coincidencias en ambos programas constructivos. Por otro lado, y de nuevo como en H-12, el pavimento de E-3 se presenta completamente enlosado con lajas de piedra constituyendo, en el caso de La Mata, el único ambiente excavado que goza de esta particularidad. Finalmente, como en H-12, aparecen en E-3 banquetas de sillarejo adosadas a las paredes (en este caso solo una) que se adhiere al muro occidental, que es el que conecta con el núcleo principal del edificio a través del pasillo E-4. Es precisamente la conformación de esta banqueta lo que me lleva a conjeturar que el edificio de La Mata sufrió procesos de transformación en su organización espacial equiparables a los que he descrito para el caso de Cancho Roano, y que, como aquí, éstos deben corresponder a condicionantes de orden ideológico. La mencionada banqueta se interrumpe regularmente a 1,60 m del “bastión” meridional, dejando un hueco de la misma anchura en cuya base se han construido dos escalones, cuya cota superior coincide con la del suelo del interior del edificio en esa zona, igualando así el desnivel existente entre el interior y el exterior (Lám. II) (ver cotas en Rodríguez y Ortiz 1998: figs. 2 y 3). Todas estas circunstancias permiten, verosímilmente, interpretar este hueco como una puerta obliterada y posteriormente enlucida, que en algún momento habría comunicado el patio enlosado E-3 con el corredor E-4, tal y como sucede en las primeras fases de Cancho Roano. Las dimensiones de este hueco (1,60 m) no están alejadas de las de la



Lám. II. Vista del espacio E-3 del edificio de La Mata con la interrupción de la banqueta occidental y los escalones del antiguo acceso (foto A. Rodríguez).

entrada exterior de Cancho Roano en la fase A-3 (1,40 m). Sería por tanto un acceso principal que, si bien no gozaría de una situación axial, sí ocuparía una disposición frontal en la concepción arquitectónica del edificio.

La presencia de esta puerta obligaría a introducir algunas correcciones en la secuencia propuesta para la organización del espacio en el edificio de La Mata a lo largo de su ocupación, estableciendo una fase en la que este acceso frontal habría estado funcionando. Esta etapa podría coincidir con la construcción de los cuerpos salientes, que condenan las dos puertas principales P-1 o P-2 en tanto que accesos exteriores, pues no parece lógico pensar que la monumentalización de la fachada oriental con la construcción de los cuerpos salientes (que además subrayan notablemente su frontalidad), coincida con la lateralización del acceso principal. Pero también podría ser anterior a las mencionadas puertas, en cuyo caso habría que pensar que éstas se habrían abierto *ex novo* para permitir el acceso al interior de los nuevos espacios E-5 y E-10, pudiendo atribuirse el “estrechamiento” del vano que se aprecia en P-2 al propio proceso constructivo, y no a la preexistencia de una puerta anterior que sería exageradamente ancha (2,5 m de luz). Para poder verificar estas posibilidades sería necesario, no obstante, conocer bien las relaciones estratigráficas entre los distintos elementos implicados (1).

Sea como fuera, sí parece constatado que la organización del sistema de accesos en el edificio de La Mata sufrió importantes alteraciones a lo largo de su historia que presentan significativas concomitancias con lo que coetáneamente aconteció en Cancho Roano. De este modo, la oclusión del acceso exterior entre E-3 y E-4 rompió la concepción frontal del edificio de manera aún más marcada que en el “Palacio-Santuario” de Zalamea, al tener que situarse la puerta sustitutoria en el flanco septentrional del “bastión” norte (Fig. 10). La fachada oriental abandonó así su rango de frente principal y antiguos espacios públicos, como el patio enlosa-

do, quedaron al margen del recorrido originario de acceso. Este patio, además, perdió su condición de espacio abierto y zona “de acogida” al cerrarse mediante un doble muro que lo convirtió en una dependencia de acceso externo, en difícil recodo, sin ningún elemento diferenciador, pues es posible que el suelo enlosado se recubriera finalmente con una capa de arcilla apelmazada (Rodríguez y Ortiz 1998: 212). Estos procesos se subrayan con otra serie de actividades constructivas que, como en Cancho Roano, hacen coincidir el proceso de privatización con un proceso paralelo de aislamiento simbólico del entorno, como la elevación de un muro alrededor del sitio (de escasa utilidad funcional) y, probablemente también, y en última instancia, la excavación del foso. No es extraño que, como antes señalaba, en este contexto avanzado del proceso de privatización de los espacios y de las transformaciones ideológicas que aparejan estén ya ausentes los referentes simbólicos del tipo de los altares que aparecen en las fases antiguas de Cancho Roano –no debemos olvidar que, a estas alturas, la habitación H-7 de Cancho Roano probablemente estaría amortizada– sin que sea descartable que en fases anteriores hubieran existido estos elementos y que con posterioridad hayan sido desmontados o, incluso, que aún subyazcan bajo los actuales pavimentos.

3. CONCLUSIONES

A lo largo de la secuencia constructiva del complejo monumental de Cancho Roano en sus distintas fases pueden detectarse una serie de transformaciones significativas que afectan a la disposición de los accesos y a la permeabilidad y visibilidad de sus espacios principales. De este modo, atributos que en origen podemos vincular a un cierto grado de publicidad en el diseño arquitectónico del complejo, como la frontalidad, la axialidad o la direccionalidad en los vanos, van desapareciendo progresivamente conforme a lo que puede interpretarse como un proceso de privatización del espacio, entendido en su dimensión simbólica o conceptual.

Estos cambios en la accesibilidad perceptiva del edificio coinciden con otras actividades constructivas que pueden leerse en la misma línea de comportamiento simbólico. Así, la edificación de la serie oriental de estancias perimetrales, que ocultan la visión de la fachada principal, o la excavación del foso, que rompe estructuras de fases anteriores,

(1) La escasa atención que se presta en la publicación de La Mata a las relaciones estratigráficas entre los distintos elementos constructivos (no se enumeran ni se describen las unidades ni se establece en forma de matriz la relación existente entre ellas, como es propio de la metodología arqueológica de finales del siglo XX) dificulta que estas constataciones puedan realizarse a través de los datos publicados (Rodríguez ed. 2004). Desgraciadamente, las agresivas reconstrucciones que se han llevado a cabo en el edificio, al mismo tiempo que se realizaba la excavación, tampoco favorecen la posibilidad de realizar lecturas alternativas *in situ*, al haber quedado ocultas, a veces de forma irreversible, muchas de estas relaciones.

y que contribuyen a percibir el conjunto arquitectónico como un espacio cada vez más hermético e inaccesible.

Estos cambios, que adquieren un carácter lineal y gradual, pueden ser entendidos en términos de evolución ideológica, al constatarse la naturaleza idiosincrásica del edificio y su vinculación con personajes o grupos sociales que ejercen el poder.

Paralelamente a estas tendencias, la estratigrafía de Cancho Roano acusa un creciente grado de monumentalización de las estructuras y un progresivo abandono de los elementos simbólicos de carácter cultural que tan destacado papel habían jugado en la justificación de su origen, algo que hallaría mayor respaldo arqueológico si pudiera verificarse que la amortización del espacio H-7 es anterior –significativamente anterior– al abandono definitivo del edificio, pero que, en cualquier caso, resulta coherente con el proceso ideológico que aquí he propuesto.

El estudio detallado de estos procesos contribuye a comprender mejor la naturaleza de las construcciones monumentales de Cancho Roano desde sus inicios, así como a indagar en los problemas que ha planteado su interpretación funcional a la investigación arqueológica de los últimos 25 años.

Cancho Roano encarna desde sus más tempranas fases constructivas un modelo de espacio ideológico de carácter aristocrático, pudiendo interpretarse como la sede de una dinastía rural que encuentra en el culto a sus ancestros –reales o ficticios– el mecanismo más eficaz para su legitimación política. Este recurso es frecuente entre los grupos aristocráticos de la Primera Edad del Hierro en la Península Ibérica y cuenta con abundantes ejemplos en el contexto del Suroeste durante el siglo V a.C., algunos de los cuales, por su gran similitud con lo que sucede en Cancho Roano, resultan especialmente evidentes.

La necesidad de legitimación resulta tanto más acuciante cuanto más débilmente se manifieste el arraigo de la ideología en el seno del grupo social de referencia, de ahí que en las fases iniciales del proceso este arraigo deba fortalecerse intensificando la comunicación de los principios sustentadores del poder, algo a lo que contribuye la creación de espacios de poder “abiertos” y “accesibles”, concebidos con atributos como la frontalidad o la axialidad en los accesos y en las zonas de acogida, que inspiran un cierto carácter público o participativo (si bien hay que reiterar que es ésta una publicidad que afecta a la concepción arquitectónica y a la

percepción de los edificios, y no, necesariamente, a su uso).

Del éxito del planteamiento y de su capacidad de proyección da fe la vertiginosa monumentalización que experimentaron las arquitecturas de Cancho Roano en sus sucesivas fases históricas, y el enriquecimiento material de que participaron sus moradores, si bien es cierto que en estos procesos, junto a la eficacia del discurso ideológico, debieron incidir de manera decisiva favorables condicionantes de orden económico.

Una vez consolidado (o presuntamente consolidado) el modelo político de las aristocracias rurales representado por los Complejos Monumentales del Guadiana, se detecta a través del análisis arquitectónico realizado en Cancho Roano una tendencia lineal y progresiva a privatizar los recursos de carácter ideológico. Es posible que, en última instancia, los referentes simbólicos del culto dinástico no solo se hayan privatizado, sino que, incluso, se hayan eliminado también de puertas hacia adentro. En Cancho Roano esto último es algo que está pendiente de confirmación arqueológica, pero la aproximación a la evolución arquitectónica del edificio de La Mata, un espacio con el que guarda enormes concomitancias de todo tipo, apunta en esta misma dirección.

La última fase constructiva de La Mata representa estadios más avanzados del proceso de privatización que los reconocidos en Cancho Roano. La ruptura con la frontalidad del edificio y la anulación de antiguos espacios públicos o de recepción es allí muy superior, pues en Cancho Roano el patio H-12 siguió constituyendo una zona de paso obligado y área “de acogida” hasta el último momento. En la última fase de La Mata la pérdida de referentes simbólicos relacionados con el culto dinástico (los altares superpuestos) es absoluta, al punto de que un posible papel de santuario para este complejo ni siquiera se plantea. La reiteración de un proceso de privatización de características similares al estudiado en Cancho Roano en la secuencia arquitectónica de La Mata permite constatar, además, que estas tendencias debieron tener un carácter más amplio, como lógico reflejo de unas condiciones históricas generalizadas.

En este punto final surge la pregunta de si este proceso de transformación ideológica y la pérdida de referentes simbólicos que conlleva (o su sustitución por planteamientos de otro tipo, como antes he sugerido) se situaría entre las causas que pusieron fin al sistema político y social representado por los

Complejos Monumentales del Guadiana a finales del siglo V antes de nuestra Era. La respuesta que *a priori* se me antoja, aunque sea solo a título de hipótesis, sería afirmativa, pues parece reiteradamente constatado a lo largo de la Historia que un sistema político que deja de proyectar al cuerpo social a que pertenece la ideología que lo sustenta está irremisiblemente condenado a la extinción.

NOTA FINAL Y AGRADECIMIENTOS

Las ideas fundamentales de este trabajo fueron expuestas en un seminario sobre Arquitectura Orientalizante en la Península Ibérica organizado por el CSIC y celebrado en Madrid en abril de 1998. La proliferación de trabajos de campo y de edición sobre el tema con posterioridad a esa fecha ha obligado a actualizar el texto, aunque los planteamientos básicos son esencialmente los mismos. Quiero expresar mi agradecimiento a las personas que leyeron y comentaron el manuscrito y a Julia Sánchez por sus indicaciones sobre los métodos de análisis en Arqueología de la Arquitectura.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, L. y SALA, F. 1993: *El Poblado Ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*. Trabajos varios del SIP 90. Diputación Provincial de Valencia. Valencia.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1977: *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XIV. CSIC. Madrid.
- 1996: *Ideología y poder en Tartessos y el Mundo Ibérico* (discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia). RAH. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; DOMÍNGUEZ de la CONCHA, A. y LÓPEZ-AMBITE, F. 1990: “Cancho Roano. Un palacio orientalizante en la Península Ibérica”. *Madrider Mitteilungen* 31: 251-308.
- CELESTINO, S. 1994: “Los altares en forma de ‘lingote chipriota’ de los santuarios de Cancho Roano”. *Revista de Estudios Ibéricos* 1: 291-309.
- 1997: “Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros”. Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18: 359-389.
- 2001: “Los santuarios de Cancho Roano: del indigenismo al orientalismo arquitectónico”. En D. Ruiz Mata y S. Celestino (eds.): *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. CSIC. Madrid: 17-57.
- (ed.) 1996: *El Palacio-Santuario de Cancho Roano V-*

- VI-VII. Los Sectores Oeste, Sur y Este*. Consejería de Cultura. Junta de Extremadura. Madrid.
- (ed.) 2003: *Cancho Roano VIII-IX. Los Materiales Arqueológicos*. Badajoz.
- CELESTINO, S.; FERNÁNDEZ FREIRE, C. y WALID, S. 2003: “La funcionalidad de Cancho Roano”. En S. Celestino (ed.): *Cancho Roano IX. Los Materiales Arqueológicos II*. Bartolomé G. I. Santacruz. Badajoz: 301-358.
- CELESTINO, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. 1993: *El Palacio santuario de Cancho Roano IV. El Sector Norte*. Bartolomé G. I. Santacruz. Badajoz.
- ESCACENA, J.L. e IZQUIERDO, R. 2001: “Arquitectura civil y religiosa en un ‘barrio fenicio’ de la *Caura tartésica*”. En D. Ruiz-Mata y S. Celestino (eds.): *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. CSIC. Madrid: 123-157.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. 2005: “Nuevas excavaciones en el Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Resultados preliminares”. En S. Celestino y J. Jiménez Ávila (eds.): *El Período Orientalizante en la Península Ibérica. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida (Mérida Mayo de 2003)*. Anejos de *Archivo Español de Arqueología* XXXIII.
- HILLIER, B. y HANSON, J. 1984: *The Social Logic of Space*. C.U.P. Cambridge.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. 1997: “Cancho Roano y los Complejos Monumentales del Guadiana”. *Complutum* 8: 141-159.
- 2001a: “Los complejos monumentales post-orientalizantes del Guadiana y su integración en el panorama del Hierro Antiguo del Suroeste Peninsular”. En D. Ruiz-Mata y S. Celestino (eds.): *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. CSIC. Madrid: 193-226.
- 2001b: “La necrópolis de ‘El Jardal’ (Herrera del Duque, Badajoz): elementos para el estudio del ritual funerario del Suroeste peninsular durante la I Edad del Hierro”. *Complutum* 12: 113-122.
- 2002-2003: “Estructuras tumulares en el Suroeste Ibérico. En torno al fenómeno tumular en la Protohistoria peninsular”. En Homenaje a la Dra. Dña. Encarnación Ruano. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 42: 81-118.
- 2003: “La Necrópolis de El Jardal (Herrera del Duque, Badajoz): Elementos para una revisión cronológica de las Necrópolis de la I Edad del Hierro del Sur de Portugal”. *Actas do II encontro de Arqueologia do Sudoeste Peninsular* (Faro 1996): 105-114. Faro.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y DOMÍNGUEZ de la CONCHA, C. 1995: “Materiales protohistóricos de El Turuñuelo (Mérida, Badajoz)”. *Pyrenae* 26: 131-151.
- JIMÉNEZ ÁVILA y ORTEGA, J. 2004: *La cerámica griega en Extremadura*. Cuadernos Emeritenses 28. MNAR. Mérida.

- KENT, S. (ed.) 1990: *Domestic Architecture and the use of Space. An Interdisciplinary Cross-Cultural Study*. C.U.P. Cambridge.
- LAGARCE, E. y LAGARCE, J. 1997: "Les lingots 'en peau de boeuf', objets de commerce et symboles idéologiques dans le monde Méditerranéen". *Reppal* X: 73-97.
- LURKER, M. 1974: *Lexikon der Götter un Symbole des alten Ägypten. Handbuch der mystischen und magischen Welt Ägyptens*. ed. Munich.
- MAIA, M.G.P. 1987: "Dois larnakes da Idade do Ferro do Sul de Portugal". *Veleia* 2-3: 223-242.
- MALUQUER de MOTES, J. 1981: *El santuario protohistórico de Zalamea de La Serena, Badajoz, 1978-1981*. Programa de Investigaciones Protohistóricas IV. Barcelona.
- 1983: *El santuario protohistórico de Zalamea de La Serena, Badajoz II. 1981-1982*. Programa de Investigaciones Protohistóricas V. Barcelona.
- MALUQUER de MOTES, J.; GRACIA, F.; MUNILLA, G. y CELESTINO, S. 1987: *El santuario protohistórico de Zalamea de La Serena, Badajoz III. 1983-1986*. Programa de Investigaciones Protohistóricas XVI. Barcelona.
- ORTEGA, J. y VALLE, M. del 2004: "El poblado de la Edad del Hierro del Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo). Primeros resultados". *Trabajos de Prehistoria* 61(1): 157-168.
- PARROT, A., CHÉHAB, H y MOSCATI, S. 1976: *I Fenici. L'espansione fenicia. Cartagine*. Rizzoli. Roma.
- PEREIRA, J. 2002: "Interacción en el registro funerario del territorio septentrional tartésico". En M. Molinos y A. Zifferero (eds.): *Primi Popoli d'Europa. Proposte e riflessioni sulle origini della civiltà nell'Europa mediterranea*. Palermo-Baeza: 265-289.
- PRIETO, I. 2002: "¿Apropiación o pervivencia? El empleo de la simbología orientalizante en el Ibérico Antiguo". En S. Crespo y A. Alonso (eds.): *Scripta Antiqua in honorem Ángel Montenegro Duque et José María Blázquez Martínez*. S. Crespo y A. Alonso. Valladolid: 169-182.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (ed.) 2004: *El edificio protohistórico de 'La Mata' (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*. Universidad de Extremadura. Cáceres.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ORTIZ, P. 1998: "'La Mata' de Campanario (Badajoz): Un nuevo ejemplo de 'arquitectura de prestigio' en la Cuenca Media del Guadiana". En Rodríguez Díaz (ed.): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*. Universidad de Extremadura. Cáceres: 201-246.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS, M. 1997: "Sociedad y Territorio en el Alto Guadalquivir entre los siglos VI y IV a.C.". En J. Fernández, P. Rufete y C. García (eds.): *La Andalucía Turdetana (siglos VI-IV a. C.)*. *Huelva Arqueológica* XIV: 13-29.
- SÁNCHEZ, J. 1998: "La arqueología de la Arquitectura. Aplicación de nuevos modelos de analítica a estructuras de la Alta Andalucía en época ibérica". *Trabajos de Prehistoria* 55.2: 89-109.
- SANDERS, D. 1990: "Behavioral Conventions and Archaeology: Methods for the Analysis of Ancient Architecture". En S. Kent (ed.): *Domestic Architecture and the use of Space. An Interdisciplinary Cross-Cultural Study*. C.U.P. Cambridge: 43-72.
- SIRET, L. 1906: *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigodas y árabes*. Memorias de la Real Academia de la Historia. RAH. Madrid.
- STEADMAN, S.R. 1996: "Recent Research in the Archaeology of Architecture: Beyond the Foundations". *Journal of Archaeological Research* 4(1): 51-93.
- WILKINSON, R.H. 1992: *Reading Egyptian Art. A Hieroglyphic Guide to Ancient Egyptian Painting and Sculpture*. Thames and Hudson. Londres.